

Chilindrinas (Greguerías)

Tomás Seral y Casas

El bombo del jazz estornuda por los platillos.

-

Cuando espantamos las palomas nieva al revés.

-

¡Cuántos viejos encorvados! ¿Y no será que les hacen los bastones cortos?

-

Cuando los vasos se caen por las mesas es que también están borrachos.

-

Se nota que el grifo de la inspiración se queda seco en que comienza a gotear etcéteras.

-

Los radiadores de calefacción son los laberintos donde se pierde para siempre el frío.

-

Sin ningún género de dudas: el mar más mar es el de Mármara.



Mármara (acuarela de Teresa Martínez, licencia Creative Commons)

Tomás Seral y Casas, nacido en Zaragoza en 1908, fue un personaje que contribuyó intensamente a la dinamización de la vida cultural de la Zaragoza de los años 20 y 30 del siglo XX. Figura destacada de la vanguardia aragonesa, formó parte de múltiples empresas y proyectos, todos ellos relacionados con la renovación de la cultura y el arte.

Fue periodista en *La voz de Aragón*, participó en la creación del primer cineclub en la capital aragonesa, fundó con otros colaboradores, como Ildelfonso Manuel Gil, la magnífica revista aragonesa *Noreste* –en la que escribieron prosistas como Jarnés y Sender y poetas como Cernuda, Lorca, Aleixandre o Leopoldo Panero, entre muchos otros–, o fue librero a la par que galerista (actividades que simultaneó en su innovadora librería-sala de exposiciones Libros en Zaragoza, la primera sala de exposiciones de iniciativa privada que se abrió en esta ciudad).

A esta época de juventud pertenece su escasa producción literaria, siempre próxima a las nuevas tendencias estéticas de las vanguardias, especialmente al surrealismo: una novela, *Héctor y yo* (1928); un libro misceláneo, *Sensualidad y futurismo* (1929), que combinaba prosa y poesía; tres poemarios, *Mascando goma de estrellas (poemas bobos)*, de 1931 –muy valorado por la crítica–, *Del amor violento* (1933) y *Cadera del insomnio* (1935). Y, por último, en este mismo año, publica en Buenos Aires el volumen *Chilindrinas*.

Tras la Guerra Civil –harto de la atonía cultural y provinciana de la Zaragoza de la época– se trasladó a Madrid, ciudad en la que abrió la galería Clan, un espacio dedicado al arte nuevo; algo más tarde, una librería y una editorial del mismo nombre, donde, por ejemplo, se publicó el libro del poeta zaragozano Miguel Labordeta *Violento idílico* (1949). Fundó la revista *Índice*, que pronto vendió para trasladarse a París, allí abrió la galería Cairel; regresó de nuevo a Madrid, donde continuó participando en actividades diversas hasta su muerte, en 1975.

Las chilindrinas –claras deudoras de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, como indica el subtítulo con que fueron publicadas– son breves destellos poéticos, que pretenden expresar una nueva percepción de la realidad desde el humor y el juego de ingenio.

Y la palabra juego es la clave, porque el autor al crear esa asociación chocante, ingeniosa, entre dos conceptos normalmente alejados, necesita encontrar la complicidad del lector, una mirada inocente que acepte despojarse de su visión tradicional de la vida corriente y se preste a participar con una sonrisa en la travesura propuesta.

Humor y lirismo, imaginación y libertad en el uso de las palabras para crear relaciones insólitas, sorprendentes o amables –que a veces se basan en imágenes visuales y otras en meros juegos de palabras– es la base, en definitiva, de las chilindrinas, clara muestra de las vanguardias en Aragón.

M.^a Victoria Benito